Margarita

VERSOS Y CUENTOS

BIBLIOTECA NACIONAL
SAN JOSÉ
COSTA RICA

EDUARDO CALZAMIGLIA

VERSOS Y CUENTOS

BIBLIOTECA NACIONAL
SAN JOSE
COSTA RICA

SAN JOSÉ, COSTA RICA
IMPRENTA Y LIBRERÍA ESPAÑOLA
DE MARIA V. DE LINES
1898

C.R.
861.6
C157r
C.8.

01

CENA
861.6
C157v
C.R

ES PROPIEDAD

Eduardo Calsamiglia

0000150364

4430

Dedicado

A *las bellas señoritas costarriqueñas.*

El Autor

Versos y Cuentos

Primera Parte

Prólogo

Querido Eduardo:

Es grave apuro en el que me has metido con eso de que te ponga cuatro renglones de juicio crítico en la antesala de la miniatura de libro que piensas publicar. Y es grave por cuanto tú apenas si comienzas á hacer versos, los cuales, hacerlos buenos es muy difícil hoy que el gusto por ellos se ha refinado y el público exige del poeta, natural sentimiento, delicada filosofía y exquisita forma. Como ves, no es poco exigir; y con la obligación de dar gusto, pues que para él se escribe y es él el único crítico. No siempre dan ó quitan popularidad los críticos de profesión.

Son pocos los que se arrojan á las corrientes y no son arrastrados por ellas.

El que sin medir su importancia, afronta el público, se expone á que la corriente de la censura y la antipatia lo arrollen para siempre.

Y eso de que sea yo, otro principiante, y por ende, sabe Dios qué tal prosista, el encargado de prologar tus versos, es más que valor. No soy modesto, quizá demasiado orgulloso, pero siempre tengo miedo, talvez respeto profundo á las multitudes.

Item más, lo molesto que son los prólogos cuando no llevan al pie una de esas firmas que encierran toda una vasta ilustración reconocida; y aún así hay quien desmejora el autor de un libro que abre el broche de sus composiciones con un prólogo, porque han de ver en el prologuista un maestro benévolo que autoriza con su nombre la insignificancia de otro, y cuando no es así, obligase al lector á pasar por una oleada de incienso asfixiante.

Lo único que en esta ocasión hay, es, que en la presentación que al público hago de este tomito que lleva tu nombre, como pequeñuelo tuyo, alguno preguntará refiriéndose á mí: ¿y á éste quién le presenta?

No has acertado pues, al dejarte guiar sólo por la amistad y esperar que yo haría una buena antesala al saloncito de tus versos, en el cual figuran, haciendo concebir esperanzas, tus incipientes crea-

ciones. Y como tales tienen que ser consideradas, pues tú eres muy joven.

Cierto es, como dijo el genio del Quijote: «que no con las canas sino con el talento se escriben las obras»; mas fuera de duda está que la experiencia es madre de la ciencia, y siendo la lengua un instrumento como otro, con su práctica se perfecciona; y la observación más atenta y larga, *anatomizando* lo observado, analizando el alma y el gusto actual con sus exigencias, enseñará al escritor mucho haciéndole adquirir estilo y sentimiento, forma y esencia con los cuales los verdaderos autores han encontrado la clave del genio, ese *psiquis* que sentimos y tan imperfectamente expresamos.

Ea pues, amigo, tú tienes sentimiento de poeta, fácil versificación, espero que tus ambiciones justas habrán de colmarse algún día.

C. González R.

21 Abril, 1898.

A TUS OJOS

SONETO

Al contemplar tus ojos celestiales
alcanzo de la dicha la alta cumbre,
es tu mirada la bendita lumbre
que ilumina la ausencia de mis males.

Más nunca los placeres son cabales,
es fuerza que amargura el sol alumbre,
siempre aunque á su vista me deslumbre
hallo tus ojos, al mirarme, iguales:
encuentro tras el fuego un algo frío,
un *contraste* que de optica ilusoria
hijo es, tal vez, para tormento mío,
mezcla que hace á mi dicha perentoria;
lo divino revuelto con lo impío,
el infierno mezclado con la Gloria.

Barcelona 1897.

EL MATAPALO

Si lo dejan me mata
y si lo quitan me muero
RUBEN DARÍO.

Los ojos de mi morena
son dos brillantes luceros
que *me matan* si me miran
y si no me miran *muero*.
(Cantar popular español.)

En las regiones americanas
donde el sol brilla con esplendor
dorando ardiente las altas cumbres
de enermes montes. En donde á Dios
verter le plugo todos los dones
que el mundo absorto, siempre admiró:
crece una planta, planta maldita,
que nace cerca del higuerón
su grueso tronco traidora abraza,
con tan funesto, fatal amor,
que el arbol muere si se la dejan
y ya sin ella lo seca el sol.

También este amor sin freno
es cual la descrita planta,
también tiene su veneno
y está abrazado á mi seno
y su presencia me espanta.
Moriré porque te quiero
que es tu amor, mujer ingrata,
matapalo verdadero
pues *si lo quitan me muero*
y si lo dejan me mata.

Barcelona 1897.

¡.....!

Jamás, madre de mi alma,
he maldecido nada
y al fin por mi desgracia
la fecha maldigo hoy,
en que mis ojos vieron,
con suerte desdichada,
á la mujer querida
por quien muriendo estoy.

Barcelona 1897.

DUDAS

Pronto será mi esposa.
¿Cometo una locura?
pregunto yo espantado
temiendo por mi honor.
¿No la ha manchado nunca,
con sensación impura,
el hálito maldito
de infame seductor?
¿No ha caído de la altura
al enlodado suelo
donde mancharse pudo
como mujer al fin?
¿No oculta ningún crimen
bajo el hermoso velo
de celestial belleza
de puro serafín?

. . . . . .

¡Preguntas sin respuestas!
¿Porqué me las haría
si la terrible duda
no sé desvanecer?
¡Ay!, triste del que apoya
su honor y su alegría
en el pasado incierto
de la falaz mujer!

Barcelona 1897.

A GUADALUPE

Muchos negros desengaños
me laceraron el pecho
dejando mi corazón
para los amores muerto;
y tras tan negros pesares,
hoy incrédulo me siento,
de modo, que en las mujeres...
muy dificilmente creo.
Pero al mirar á Lupita,
á despecho de todo esto,
siento que en el lado izquierdo
palpita el órgano necio,
como si amores inmensos
á sentir hubiese vuelto.
Ataque de catalepsia
quizá sufrió en otro tiempo
y no creyéndole vivo
le di por tumba mi seno.
Mas la hermosa Guadalupe,
con su mirada de cielo,
á la vida le retorna
para esclavo suyo hacerlo.

¡Con mil amores, que sea!
Y si quedase algún resto
de algún cariño perdido,
que con sus ojos de fuego
la bella Lupe lo queme,
y así por seguro tengo
que aunque ansiara vivir libre
Seré de ella esclavo eterno.

San José, Marzo de 1898.

RAYO DE LUZ

Por enfrente de su casa
una mañana pasaba,
al tiempo que el astro rey
con su hermosa luz dorada,
(el disco ardiente asomando
entre celajes de grana)
inundaba la alta cumbre
de una gigante montaña.
Levanté ansioso los ojos
dirigiendo la mirada,
del cuarto de mi morena
á la gótica ventana,
peró cegó mi pupila
por un rayo deslumbrada.
¿Ese rayo de dó vino?
¿De qué centro dimanaba?
¿del sol ó de la hermosura
de mi hechicera adorada?

San José, 23 de Marzo de 1895.

MI ORGULLO

Orgulloso es en Turquía
el Sultán omnipotente,
porque tesoros inmensos
guardados en arcas tiene.
Es dichoso el que consigue,
si á conciencia lo merece,
laureles de excelsa gloria
para ceñirse la frente.
Mas el orgullo del turco
y la dicha del que vence,
con mi dicha y con mi orgullo
nadie á comparar se atreve:
porque yo sé vida mía,
que me sueñas y me quieres.

30 de Marzo de 1898.

BAJO LAS ONDAS DEL MAR

Viendo la azul superficie
del mar, tranquilo y sereno,
rizada por suave brisa
reflejando el puro cielo;
viendo la nave ligera
que por diestro marinero
sabiamente dirigida
emprende alegre su vuelo:
¿Quién dijera, linda niña,
que bajo aquel puro espejo
sostienen tremendas luchas
monstruos gigantes y fieros?
También bajo el alabastro
nieve y rosa de tu seno,
bajo la sonrisa dulce
que alegra tu rostro bello:
libran feroces combates
las pasiones y los celos...
¡Monstruos mucho más temibles,
al luchar dentro del pecho,
que los que pueblan el fondo
de esa mar que riza el viento!

Barcelona, Diciembre 15 de 1897.

RETOÑOS

Agostado por pesares
el arbol de mi esperanza,
se fué quedando sin hojas
sin retoños y sin nada.
El tronco yacía olvidado....
¡ya ni yo lo recordaba!
hasta que llegó una hermosa,
tal vez mujer, quizas hada,
ella supo mis tristezas,
supo mis penas amargas
y reclinada en mi pecho
lo humedeció con sus lágrimas.
Rocío de origen divino
que al regar de mi esperanza
el amarillento tallo:
hizo brotar de la planta
una hojita diminuta
que poco á poco se agranda
por los rayos de sus ojos
dulcemente calentada.

MEMORIAS DE UN LOCO

INTRODUCCIÓN.

Para acortar la distancia
de San José á la Sabana
hay una calle magnífica
que en un cuarto de hora se anda.
Tiene árboles á los lados
cuya sombra se agiganta
cuando los rayos del sol
(con su claridad dorada)
atravesando la admósfera
la intentan dejar caldeada.
Nace la calle que pinto
donde la ciudad acaba,
crece... y por fin desemboca
en la anchurosa Sabana:
extenso prado que tiene
el color de la esmeralda

y cual sueño juvenil
es muy fresco y es muy grande.
A principio del camino
un gran manicomio se halla,
casa donde cuerdos muchos
por pobres dementes pasan
y en prueba de lo que digo
aquí estas memorias hablan;
de un loco son que vivió
en él por época larga.

I

Encerrado en esta casa
poblado por tantos cuerdos
aunque no estuviese loco
me hubiesen trastornados ellos
y para probar lo dicho
este cuento les refiero:
Una noche de verano,
como á mediados de Enero,
me puse á estudiar la celda
que designada aquí tengo.
Entraba por la ventana
un vientecillo muy fresco,
perfumado por las flores
que besó en el parque nuestro.
La luna, sol de la noche,
sol muy pálido, sol muerto,
sus rayos de plata enviaba
desde el alto firmamento.
A su blanca, claridad
contemplé primero el cielo,

bajando luego los ojos
muy mesurado y muy lento
á los muebles de mi cuarto
que no son ricos ni nuevos.
Una ventana enrejada
con gruesas barras de hierro
abierta en el paredón
á la altura de mi pecho.
Ladrillos rojos y blancos
componen el pavimento,
sobre él hay un par de sillas
y barnizadas de negro
una mesa para libros
con papel, pluma y tintero.
Colgado de la pared
un cuadro muy grande veo
representando á una Virgen
de semblante dulce y bello,
que señala con su diestra
la dirección de los cielos.

. . . . . .

Aquella noche pensé,
mi trastornado cerebro
sintió bullir las ideas
en un desorden completo
y tanta fué mi locura
que casi me torno cuerdo.
Por fin... febril, delirante
me arrojé en el férreo lecho
esperando que Morfeo
me prestase algún consuelo.
¿Dormí con sueño profundo
ó quizás soñé despierto?
No lo sé, pero muy vago

BIBLIOTECA NACIONAL SAN JOSÉ COSTA RICA

conservo triste un recuerdo
de visiones misteriosas
que me hablaron en el sueño,
ví la sombra encantadora
de una mujer de ojos negros
que acibaró mi existencia
con los pesares más fieros.
Después... ¡surgió mi figura!
¡Figuráos! Mi propio espectro:
se lanzó en pos de la sombra
que proyectaba en el suelo,
de la joven hechicera
el ondulado cabello.
Pero ¡ay! cuanto más corría
la contemplaba más lejos,
sufriendo cual nuevo Tántalo
aquel suplicio tremendo.
Cansado, trémulo y pálido
de grande sorpresa lleno,
suspendiendo la carrera
dijo con airado acento:
«Dime quien soy y quien eres
si no quieres verme muerto.»
«Soy—respondió la mujer—
protectora de los cuernos
y me llaman La Cordura
que es el nombre que merezco.
Tu eres *el amor*, el loco
aturdido siempre y ciego.
Aunque habitas en la tierra
no es este tu propio puesto...»
—¿Dime cual es por piedad?
preguntó mi ciego espectro.

. . . . . .

Aquí cesó mi sopor,
aquí desperté del sueño,
encontrando una respuesta
en el rostro dulce y bello
de la Virgen que señala
la dirección de los cielos.

POR UN BESO

I

En una noche de calentura,
niña hechicera,
soñaba amante con tu hermosura
y arrebatado por mi locura
á la dorada mágica esfera
de las visiones;
ví maravillas deslumbradoras,
ví realizadas mis ilusiones,
pasé gozando felices horas
y del encanto de aquella gloria;
Matilde bella,
quedó un recuerdo que á mi memoria
sirve de estrella.
Y ese recuerdo puede probarte,
coqueta de ojos negros y bellos,
que á las delicias, riqueza y arte
prefiero una ebra de tus cabellos.

II

En el campo perfumado
por mil exóticas flores,

cual rico nido de amores
un dorado alcazar ví.
Orgulloso, arrogante,
elevábase el palacio
con sus techos de topacio
y columnas de rubí.
Era de jásped y marmol
la elevada escalinata,
los pavimentos de plata
y los muebles de marfil.
Allí pude ver bordados,
sobre telas japonesas,
de esmeraldas, de turquesas
de perlas y de zafir.
Las aguas de las cascadas
brotaban tan cristalinas
cual las gotas diamantinas
del rocïo matinal.
Los magníficos salones
resplandecían, alumbrados
por los ojazos rasgados
de una sílfide oriental

. . . . . .

Y era mío aquel palacio,
era mío aquel tesoro,
el zafir, el rubí, el oro
y la sílfide oriental.
Mas... al poseer tal riqueza
la troqué con embeleso,
¿Sabes por qué? por un beso
de tus labios de coral.

DESENGAÑO

En el *boudoir* de mi amada
cauteloso penetré
y con rápida mirada
la habitación perfumada
examiné:
Sobre velador dorado
ví un jarrón de porcelana
ostentando enamorada
el rosal más delicada
de la flora americana;
y la niña encantadora,
la de mirada brillante,
la que de mi alma es señora,
del rosal que la enamora
besas las rosas amante;
y las flores envidiosas
de su rostro y su arrogancia
quisieran ser más hermosas,
protestando orgullosas
con efluvios de fragancia
. . . . . .
¡Dichoso rosal, dichoso
confidente peregrino!

Consejero misterioso,
solo por ser tan hermoso
es tan feliz tu destino;
porque contemplas constante
á la niña celestial,
la de mirar arrogante,
la de pálido semblante,
la de labios de coral.
Dime, si puedes decirme,
que no me olvida tu dueña,
que comprende mi amor firme,
que se deleita al oirme
y que al dormirse me sueña.
Dije, levanté en mi mano
el florero japonés...
y, para aspirar ufano
el aroma soberano
que de serafines es,
besé la flor perfumada
por la fragancia divina
de la niña idolatrada...
pero ¡ay! se quedó clavada
en mis labios una espina.

REMINISCENCIA

Consagré á una mujer encantadora
los primeros albores de mi vida,
adorándola ciego, cual se adora
el sueño de una dicha apetecida.

Fué mi ilusión, mi diosa, mi alegría.
Pletórico de amor la contemplaba:
hermosa, tal como era, si velaba,
divina como un angel, si dormía.

Volaron los instantes á su lado
haciendo de tres años tres segundos...
¡Ella llenaba para mí los mundos!
¡Por ella hasta la gloria hubiese dado!

. . . . . .

Cesó el amor dejando en mí un vacío
que no logro llenar aunque lo intento.
Me canso de querer, muero de hastío
y es el recuerdo mi mayor tormento.

Así vivo, á granel en mi camino
encuentro mil mujeres seductoras
de cuerpo airoso y de mirar divino...
las amo unos minutos, unas horas
y vuelven los recuerdos del pasado
á imperar en mi mente sobre todo.
Ya no adoro ¡ay de mi! como he adorado
¡Ya no puedo querer del mismo modo!

¡Amar! Amar en mi ansiedad anhelo
—esperanzado el corazón exclama—
¡Amar á otra mujer de ojos de cielo
que encienda en las cenizas nueva llama!

Locuras... esperanzas... ¡ilusiones!...
no lo quieren ni el sino ni la suerte;
pasa la muerte por los corazones
una vez nada más, no hay excepciones,
y es en eso el amor como la muerte.

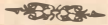
A MERCEDES

A tí, coqueta de azules ojos,
única causa de mi pesar,
de mi quebranto, de mis enojos:
á tí, muchacha de labios rojos,
te voy mis versos á dedicar.
Y si llorases al leer mi canto,
la verdad viendo que pinto en él,
sufrirías mucho, sufrirías tanto,
que el que bebiera, tu primer llanto
bebiera gotas de amarga hiel.
Pero... ¡imposible! tu nunca lloras,
tu ya no puedes, niña, llorar.
Tu pasas riendo, feliz, tus horas,
tu no oyes quejas conmovedoras
que haces á muchos, cruel, exhalar.
Por ser de roca, lanzas tus flechas...
¡A cuantos hombres traspasarán!
Tu las diriges y van derechas
abriendo al paso profundas brechas
y tu no sabes á donde van.
Pero ¡cuidado! coqueta loca,
que si una de ellas logra pegar
su aguda punta sobre otra roca

y. rechazada, vuelve y te toca...
tu ingrato pecho va á desgarrar.
Entonces niña, de eburneo seno,
pruebas la pena cruel del Talión
y envenenada con tu veneno
llorarás sangre, llorarás sieno,
quedando enferma del corazón.

San José 1895.

Versos y Cuentos



Segunda parte

LA CONFESIÓN DE UN PODEROSO

Al Pb.º Don Rosendo Valenciano.

Si amor busqué para calmar mi anhelo..
desengaños mi espíritu probó,
encontrando por fin dulce consuelo
en ese amor que nos bajó del cielo:
en el amor de Dios.

Si orgulloso anhelé poder humano...
una vez alcanzado, me humilló
un poder infinito y soberano
que domina las olas del océano:
el poder de mi Dios.

Si corrí tras la gloria.... ¡ni un instante
la hermosa dicha para mí lució!
¡Siempre huyendo veloz, siempre adelante!...
Comprendí que la gloria tan brillante
sólo se encuentra en Dios.

De amor, poder, y gloria, marchè en pos;
gloria, poder y amor en Dios hallé:
todo en el Sér Supremo convergió,
y yo... ¡ciego! no supe comprender
que si hubiese buscado antes á Dios,
pude hallar á la vez
Gloria, poder y amor.

San José, 2 de Abril de 1898.

DEDICADA Á UNA SEÑORITA

A MI AMADA MUERTA. (1)

I

Ya estarás en la Gloria disfrutando,
¡Amada muerta mía!
la sin par alegría
que Dios en galardón de tu virtud
para tí reservada allá tenía.
Sólo queda encerrado en ataud
el mísero despojo
que la tierra reclama
por ser tierra también:
pero tu alma purísima se inflama
en la sagrada llama
del Dios grandioso, del Supremo Bien.
Si atravesando en alas del amor,
mi cariño llegase á donde estás,
ruega por mí al Señor.

(1) Título que dicha señorita me dio como argumento para la presente composición.

¡Inolvidable muerta! ¿Rezarás?
¿No hay en esa mansión del infinito
recuerdo de este mundo?
¿Has olvidado ya el amor profundo
que yo te profesaba?
¡Eso no puede ser; el Dios bendito
que lo dispone todo,
no lo permite así!
¡El no puede querer que tu me olvides,
esposa de Jesús!
Tú me recordarás del mismo modo
que te recuerdo á tí.
Otra vez en la Gloria nos veremos,
espérame tú allá
y al pie del trono eterno rezaremos
por todo el que en la tierra sufrirá.

(Lo que la monja muerta responde desde el cielo á la niña.)

II

Ha llegado hasta mí, Mercedes mía,
tu férvida oración:
Dios colmará, mi niña, de alegría
tu hermoso corazón.
El me ha dicho sonriendo, que te quiere
y que serás feliz,
que hay un hombre en la tierra que se
[muere
por hacerte de su alma emperatriz.
Yo no te olvidaré, intercesora
de tu bien nada más,
Ante su Augusta Majestad seré

III

Hoy me escribe la hermosa, dice así:
«me hiciste concebir una ilusión,
y yo inocente, sin saber, te dí
mi tesoro mayor, el corazón.»
A mí ¿qué? Cual humo del tabaco
disipóse el amor que la tenía:
yo la adoraba cuando no sabía
que aspiraba á ser dueño de *ese saco*.

HIMNOS

Á C. G. R.

La dulce voz de la mujer amada,
si entona una canción,
repercute en el alma enamorada
como himno del amor.

Los bramidos del raudo torbellino,
al roncar más y más,
son notas en la mente del marino,
del himno de la mar.

El rugir de un arroyo antes *pigmeo*
que en *gigante* la lluvia convirtió
un himno debe ser para el ateo
que revela á Dios.

Y del cañón el estampido fiero
cuando se oye en el campo retumbar,
es para el alma fuerte del guerrero
el himno universal.

CASTILLOS EN EL AIRE

AL LICENCIADO DON JUAN CORPAS

Profesor del Colegio de Vilar de Barcelona.

I

Castillo que en el aire iba forjando
mi loca y exaltada fantasía,
te derrumbaste cuando
tu gigantesca almena parecía
tocar al cielo ya.
¿Porqué, por qué tus cimientos vacilaron
con premura fatal?
¿Por qué se derrumbaron
tus enormes torreones
con estrépito horrendo
cuando solo dos bloques de ilusiones
coronaron tu cumbre, concluyendo
esa obra maravilla de titanes?
¿Y por qué de la noche á la mañana
encontré ¡Voto á *sanes!*
la mansión sobrehumana
por completo derruida
en montones de ruina convertida?

Todo fué natural, pues el palacio
descansaba su mole
en un punto vago del espacio;
y al faltar ese punto,
el grandioso conjunto
se derrumbó ruidoso,
arrastrando en su caída
la dicha apetecida
que me hizo ver el porvenir hermoso.

II

Pues yo soñaba, como sueñan todos,
con un angel de rostro nacarado;
y de mi ensueño hermoso enamorado
lo intenté realizar de varios modos.
Por fin una muchacha encantadora
fijó de mi ilusión el rumbo incierto
y aumentando mi amor, hora tras hora,
erótico ó demente hubiese muerto.
Poseer el corazón de mi adorada
era la dicha para mí primera.
¡Era una excelsa gloria innominada,
era el resumen de mi vida entera!
Pero todo termina ¡triste suerte!
y en un (maldito para siempre) día
cubrióse de repente mi alegria
con el fúnebre velo de la muerte.
Quise saber historia natural,
escudriñé la ciencia, más... fatal
un castigo encontré por ser curioso
sabiendo que es el hombre un *animal*
y el corazón *un saco musculoso.*

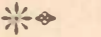
y rogaré por tí hora tras hora.
No me borres jamás de tu memoria,
procura no ser mala,
y será para tí una antesala
la tierra, de la Gloria.

LA ÚLTIMA CARTA

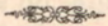
A mi amigo Agustín Luján

En el campo de batalla,
después de un combate atroz,
herido por una bala
sín exhalar un suspiro
ensangrentado cayó.
Y en sus últimos momentos,
en su postrer estertor,
pensó en los seres queridos
que en España se dejó;
y este recuerdo mundano,
avivando su dolor,
hizo brotar una lágrima
que silenciosa cayó
humedeciendo aquel suelo,
resecado por el sol,
que pronto sería su tumba
por la voluntad de Dios.
Jamás la morena bella
á quien tanto idolatró

vendría al sepulcro olvidado
á plantar alguna flor.
Jamás su madre amorosa
podría saber el rincón
donde encontró sepultura
el hijo á quien adoró.
Este pensamiento triste
alzó al soldado español
y enardeciendo su sangre
le prestó nuevo vigor;
peleó fiero como un heroe,
ganó al contrario un pendón
y admirado de sus jefes
glorificado murió.
Escribiendo así en la historia
una página de honor,
que atravesando el Atlántico
hasta su patria llegó.
Habló de él el periodismo
con entusiasta calor;
y la fama de su gloria
de misiva le sirvió:
pues con pesar en el alma
y orgullo en el corazón,
la morena encantadora,
la de los ojos de sol,
del militar que adoraba
la última carta leyó.



Versos y Cuentos



Tercera parte

(Versos Jocosos.)

Si tuviese un amante mi adorada,
moriría entre mis manos el dichoso.
Esto pensaba yo cuando soñaba
en ser amado *solo*.
Pero hoy que ya los crueles desengaños
me tienen medio loco,
pienso, triste de mí, que si algún día
de la mujer que adoro
murieran en mis manos los amantes
que hasta ahora le conozco,
mataría *por dichoso* á medio mundo
y me quedaba *corto*.

Barcelona 1897.

EMILIA Y HELIODORA

Es Emilia morena encantadora,
belleza que despierta sensualismo,
constante tentación que hacia el abismo
me arrastra del pecado que enamora.
Es rubia como el oro mi Heliodora,
viviente, asombro del escepticismo,
imagen celestial del idealismo
que se hace de mi espíritu señora.
Hasta ahora vacilaba en la elección,
pero ya no vacilo ¡Vive Dios!
A Emilia me la pide el corazón
y va de mi Heliodora el alma en pos.
Yo sigo del demonio la opinión:
lo mejor es quedarme con las dos.

Barcelona 1897.

MEMORIAS DE UN LOCO

CASUALIDAD FRECUENTE.

Cuando yo estaba cuerdo allá en el
[mundo,
hice el *tenorio* á veces con gran suerte,
y algunas inspiraba amor profundo,
profundo como el sueño de la muerte.
¿A cuántas engañé? ¡Nadie lo sabe!
Pero pasan, seguro, de cincuenta;
yo ya perdí la cuenta
si en lo posible cabe.
Mas... una cosa extraña
noté que me pasó:
A todas engañé con arte y maña
é inocentes creyeron en mi amor;
á una quise de veras, con el alma,
la única fué que *me robó la calma*
y la única también que no creyó.

Barcelona 1897.

EL MÁS FELIZ

Fuí siempre afortunado en mis amores
pues jamás me engañaron las mujeres,
no se vieron *nublados* mis placeres
ni encontré las espinas con las flores.
No conozco la hiel de los dolores
ni comprendo la angustia de los seres.
Fuí siempre cumplidor de mis deberes
y heredé un capital de mis mayores.
Ni soy viejo ni pobre, ni soy feo;
el barco de mi dicha siempre flota;
no mas allá de mis narices veo;
ser incrédulo fué siempre mi nota;
ni en las pasiones ni en mujeres creo
y soy el más feliz, pues soy idiota.

Barcelona 1897.

VERDADES DE PEROGRULLO

No es de diamante el rubí
ni hay palacios en el mar
ni está allá quien está aquí
¡Ni encuentro dichas sin tí
encantadora Pilar!
No vé quien ciego nació
ni puede el que es mudo hablar,
ni es honrado el que robó.
¡Ni encuentro placeres yo
sin tú amor, bella Pilar!

Barcelona 1897.

POR LOS CRISTALES DE TU BALCÓN

Grato consuelo de negros males,
diosa adorada del corazón,
si á la ventana radiante sales,
me das la vida
niña querida
por los cristales
de tu balcón.

Tus ojos negros son celestiales.
¡Brillantes faros de mi ilusión!
haz que derramen luz á raudales,
que me fascinen,
que me iluminen
por los cristales
de tu balcón.

¡Vales un cielo! ¡Todo lo vales!
Claveles rojos tus labios son,
perlas tus dientes blancos é iguales.
Y yo me inspiro
cuando te miro
tras los cristales
de tu balcón.

Mucho más dulces que mil panales,
son tus sonrisas miel de Alarcón:
mágicas curan todos mis males.
¡Poquito á poco
me vuelven loco
por los cristales
de tu balcón.

¡Pero mis cantos son eternales!
Quizás te canse tanta canción:
perdona versos tan infernales.
¡Metí la pata
dando la lata
con los cristales
de tu balcón.

Barcelona 1897.

Versos y Cuentos

Cuarta parte

¡ERA ELLA!

Á Ernesto Martín.

El episodio que voy á narraros, quizás fué un sueño, pero un sueño triste.

Era tiempo de carnaval. Barcelona en esos días se despoja de su perenne máscara para ponerse un antifaz trasparente que deja ver los vicios más ruines encubriendo sus virtudes.

El segundo día de aquellas fiestas encontré por la Rambla de las flores á una mujer vestida de caballero. Era mi amada. ¡Cuánto sufrí! ¡Qué crueles fueron mis angustias!

Llegó la noche fría como la punta de un acero y lóbrega como mis pensamientos.

Fuí á su casa. Ella disponíase á salir,

estaba invitada para un baile de máscaras.

Yo la detuve y le dije:

Escúchame: hoy deseo una prueba de ese amor que juras profesarme: no salgas.

Ella riose á carcajadas primero y luego formalizándose me respondió:

—Tú estás loco, Eduardo, tú estás loco; me pides un imposible. Esta noche es para divertirse y no para dormir. Vete.

—Oye—repliqué—ya que no accedes á mi ruego, salgamos juntos, yo te acompaño.

Hizo un mohín de indiferencia, cogió mi brazo y bajamos la escalera.

Una idea cruzó rápida por mi mente, y la puse en práctica. Al estar en la calle, llamé al cochero de un *simón* y hablé con él en voz baja. Ella y yo subimos al coche.

Todo el mundo sabe que en las ciudades populosas existen apartados barrios donde se aloja la escoria de la sociedad. A uno de esos departamentos se dirigió nuestro carruaje.

* * *

Ella con su disfraz parecía otro hombre. El coche se detuvo, bajamos: estábamos en la calle de Bot.

Es esta calle angosta y sucia, las casas ubicadas en sus solares, son nidos del vicio. Era ya tarde. El brazo de la joven temblaba en el mío.

—Tengo miedo, me dijo.

Un grupo de mujeres se nos acercó, para rogarnos con súplicas desvergonzadas que las visitásemos. Algunas hubo que llegaron al estremo de agarrarnos por las capas, como hizo con José la esposa de Putifar el egipcio.

* * *

Salimos por fin de aquellos antros donde hasta el aire está viciado. Yo respiré. A la luz de un farol, pude ver lágrimas en los ojos de la niña idolatrada y aprovechando su emoción le dije:

Ya ves, amada mía, el triste destino de tantas desgraciadas que ganan su miserable vida haciendo del placer un martirio insufrible. Esas que encubren su lividez con el carmín, en otro tiempo quisieron divertirse como ahora tú. Iban á bailes de máscaras, oían nuestras lisonjas con demasiada complacencia y hoy lloran sangre hacia dentro, mientras su rostro se contrae, dibujando una mueca con tendencia á sonrisa. Escarmienta, corrígete, no dés el primer paso: aun es tiempo.

* * *

Hace muchos años; en la cama número trece del hospital, espiró una tísica, sola, despreciada y carcomida por el atroz grito de la conciencia.

¡Era ella!

PENA DEL TALIÓN

PENA DEL TALIÓN

No era bonita Elisa pero tenía un cuerpo gentil y una gracia envidiable, por lo cual, á pesar de su pobreza la quiso Enrique, joven abogado.

El muchacho sintió por la niña un amor profundo, sincero, desinteresado y la pidió en matrimonio. Todo marchaba viento en popa durante los primeros meses, pero después, el demonio que en todo mete la uña ó el rabo ó lo que sea, se interpuso entre la felicidad y los amantes de mi cuento.

Llegó, por aquél entonces, á la ciudad, un MACHO rico, joven y no mal parecido.

El extranjero hizo el amor á Elisa y protegido por el dinero, ese magnífico y poderoso auxiliar de todas las empresas de la vida, consiguió de la muchacha tan marcados favores, que Enrique se vió obligado á presentarse ante su rival dichoso y decirle:

—O se casa Ud. con Elisa, ó lo mato.

El otro, que aun siendo rico no era valiente, con alguna repugnancia accedió á oir, en compañía de la joven (por supuesto) la epístola de San Pablo.

Pasó algún tiempo, y (lo que son las mujeres) se leyó en los periódicos locales la siguiente noticia:

«La conocida señorita Elisa X, huyó del hogar doméstico con el joven abogado don Enrique Z., y el marido mister Pahak, abrumado por su justo dolor, se suicidió á la orilla de un río, después de haber cargado su revolver ¡excentricidad de ingleses! con una bala de oro.»

EL ÍDOLO DE PIEDRA

BIBLIOTECA NACIONAL
SAN JOSE
COSTA RICA

EL ÍDOLO DE PIEDRA

(CUENTECILLO PAGANO.)

Muy cercana á las murallas de una antigua ciudad romana, sobre su base de blanco mármol, sostenía se la estatua de un dios poderosísimo. Este dios tenía infinidad de adoradores que venían y quemaban á sus plantas perfumado incienso, pidiéndole mercedes que en el acto eran ó no concedidas.

Una tarde, cuando el sol escondía su flamígero rostro tras celajes dorados, el romano Calpurinio Bruto, hombre muy bien visto entre los patricios y fervoroso adorador del dios de la estatua, fuese, como era su costumbre, á postrarse de hinojos ante su ídolo.

¡Oh, dios inmortal!—le dijo—que habitais sereno más allá de las regiones desconocidas, concededme á mí, que tan bién os sirvo siempre, el amor de

Cornelia la linda doncella de nacarado cutis. Vos, todo lo podeis y no dudo que esta merced me será concedida en breve. Así oró el creyente y ya se disponía á besar el sagrado pie del inmortal dios, cuando una fuerte ráfaga de viento huracanado, arrancando de su pedestal al mal seguro omnipotente, lo lanzó al suelo contra el cual se hizo pedazos sepultando con ellos al infeliz Calpurinio, quien sin duda en la otra vida goza del amor de su matrona.

LA MARCA AZUL

LA MARCA AZUL

AL DISTINGUIDO POETA

DON RAFAEL MACHADO.

Mi buen amigo X. Z., tuvo á bien legarme, como testimonio del aprecio que siempre me profesó, una magnífica biblioteca compuesta de mil volúmenes escritos en diferentes lenguajes.

Pasados los nueve días de riguroso luto, tomé posesión de mi herencia y me dispuse á reconocerla.

Pero ¿cuál sería mi asombro y doloroso desengaño al notar que ninguno de aquellos mil libros estaba escrito en castellano?

—Paciencia—me dije—que al cabo esto sólo me cuesta la triste demostración de mi ignorancia.

Ya encajonaba sin gran cuidado, quintales de papel impreso, encuadernado con mas ó menos esmero; cuando, de

pronto llamó poderosamente mi atención un manuscrito antiguo. Eché mano de él y dí comienzo á su lectura, tropezando con grandes inconvenientes, puesto que no solo estaba escrito en castellano viejo, sino que se encontraba borroso y falto de grandes trozos perdidos por descuido.

Muchas horas de trabajo y desvelo me costó traducir el extraño documento, pero, por fin saco á la luz pública una versión fidedigna (y esto lo afirmo yo) del cuento más verídico consignado en épicos manuscritos.

Capítulo 1.º

II

En un país (cuyo nombre no logré comprender en el original) lejano, cubierto de nieve, existió una familia noble, arruinada, dueña de una mala quinta y formada por Iván, viejo de barba blanca, por Eva, señora anciana y simpática y por Aida moza linda, morena, ardiente, de negros ojos, de mirada de fuego, de diminuta boca, dientes blancos, talle gentil y porte elegante.

Desde las torrecillas de la quinta se divisaban los empizarrados techos de un castillo, que lanzaban *negros resplandores* al ser heridos por los rayos del sol.

Ese castillo pertenecía á Nicolás Hartoff, joven rico pero plebeyo, hijo de siervos manumisos.

El joven enamorose ciegamente de la preciosa Aida y así lo declaró á Ján. La niña por consejo de sus venerados padres aceptó á Nicolás como prometido, pero su corazón no fué interesado por aquel prosáico amor.

. . . . . .

Aquí falta un trozo de 40 páginas en el antiguo manuscrito, y yo, por no torturar mi fantasía, lo pongo en conocimiento del lector y prosigo el verídico relato haciendo de los puntos suspensivos una *solución de continuidad*.

Capítulo VII

(en el manuscrito.)

Advertencia:

Según podrá deducir el lector, las escenas que narra el presente capítulo se desarrollaron en España.

El castillo de Tarento se eleva silencioso y sombrío en medio de un valle; sus murallones de granito desafían la cólera del rayo y del huracán cuando estos elementos parecen conjurarse para destruirle; pero si el cielo presenta lím-

pido su azul vestido, la gigantesca mole se deja acariciar por las suaves brisas y permite que los pájaros fabriquen sus nidos en las altísimas almenas.

Un dia apareció izada la bandera en la torre del homenaje. Desde muy temprano se derramaron por el aire armonías deliciosas.

¿Que sucedia? ¿Cuál fiesta se celebraba? Una boda: el ilustre conde don Diego de Tarento se casaba con Aida, joven rusa traida á España por él.

. . . . . .

Muchas bellas damas y gallardos caballeros atravesaron el puente colgante en pos de la feliz pareja. Los novios se dirigieron á la capilla, distante del palacio unos dos tiros de ballesta, contados desde el foso.

(Faltan cuatro líneas del manuscrito mal entendidas por muy borradas.)

Ocupó la elegante muchedumbre el granítico atrio de la magnífica capilla. Los amantes, cogidos de la mano, se adelantaron hasta el altar mayor y allí, un sacerdote anciano bendijo su eterna unión.

(Faltas en el original.)

. . . . . .

El extranjero desconocido en aquella comarca permaneció embozado en ancha capa. Inmóvil, como una estatua, contempló absortó la augusta ceremonia; y cuando salió de la capilla la brillante muchedumbre abandonó él la iglesia en pos de *ella*, y al traspasar el umbral de la puerta pronunció palabras ininteligibles y tomando luego opuesta dirección, se perdió entre el bosque de pinares al mismo tiempo que por occidente se hundía el sol tras una raya de fuego.

. . . . . .

Capítulo XXV.

(del manuscrito)

El viejo astrólogo habitaba en una gruta por él arreglada. Estantes toscos cargados de pergaminos viejos, signos cabalísticos grabados en los picos de las agudas estalactitas. Una especie de moderna chimenea do ardía un fuego inestinguible.

. . . . . .

El astrólogo coronaba su cabeza con una larga y blanca cabellera y su barba nevada cubríale el pecho. Estaba vestido con una hopalanda y reposaba en una extraña butaca de cuero.

Más de 50 rayas que no supe traducir.

Penetró el conde Diego en la gruta y dejóse caer en un sillón sofocado, jadeante....

Su rostro pálido, sus labios cárdenos, sus ojos hundidos, los círculos morados que los rodeaban por la parte inferior denotaban sumo abatimiento y profundo pesar.

—No sabéis, viejo de cabello cano, lo mucho que sufro—dijo el de Tarento.—Adoro á mi esposa con toda el alma y sin embargo dudo de su fidelidad. Tú que conoces el porvenir, que lees el futuro en las hirvientes entrañas de los gatos negros, que hablas con las estrellas y posees específicos, puedes, si te empeñas, demostrarme la verdadera conducta de la condesa Aida.

Si—respondió el astrólogo—puedo. Escuchad: he inventado un elixir misterioso y de infalible resultado: Tomad este frasco que lo contiene. Echad unas cuantas de sus gotas en la bebida que tome vuestra esposa y así, tened por seguro, que si ella besare á cualquier hombre que no sea su marido quedará el rostro del traidor manchado de azul para siempre.

El conde suspiró tristemente, y tomando el frasco de manos del astrólogo dijo: Quiera Dios que no vea jamás confirmadas mis horribles sospechas porque. . . . . .

Capítulo XXX.

Nicolás Hartoff después de pasar todas las penalidades descritas anteriormente, para seguir á su antigua amada, convencido de su desgracia, quiso vengarse y ya vimos como logró seguir al conde hasta la entrada de la gruta ocupada por el astrólogo.

(Aquí se refiere el manuscrito á capítulos perdidos ó á partes borradas.)

Cuando don Diego salía de la gruta, alegre tristemente, porque mediante aquel elíxir descubriría verdades importantes, Nicolás, embozado en su capa, marchó en su zaga y no sin dificultades porque la noche estaba horrible.

Encapotado el cielo, ocultas las estrellas y húmeda la tierra. La rojizas llamas del relámpago iluminaban un segundo el tortuoso sendero prestando, con su fugaz resplandor, un aspecto tétrico á los gigantescos robles del bosque.

El puente colgante no estaba suspendido y el conde cruzó sobre él con seguro paso y entró en su castillo cerrando tras si la pesada puerta de hierro, mas sin dar órdenes para que el puente fuese levantado.

Nicolás, el extranjero desconocido en aquel lugar, llegó al pie de la muralla y apoyando los pies en los intersticios que entre si dejaban las rocas pudo escalar la pared altísima de granito.

. . . . . .

(Con mucho sentimiento mio, dejo al ruso Hartoff en lo alto del murallón, pero lo de siempre: faltas en el original)

Después de aquella noche el día amaneció triste. Los rayos solares trabajosamente rasgaban el tupido velo formado por la niebla. Don Diego, desde que comenzó el alba á sonreir tristemente, saltó del lecho vistiéndose solo. Asomado á la gótica ventana permaneció mucho tiempo contemplando sus dilatados dominios, á la sazón envueltos en blanquecinos vapores. En las verdes hojas del añoso roble que se levantaba en el jardín, las gotas de agua cristalina temblaban un instante y, cayendo después, íbanse á perder entre la yerba color de esmeralda.

De pronto sacudió el de Tarento la cabeza y arqueó las cejas. Un recuerdo vino á sacarle de su abstracción: el elíxir azul.

Llamó al primer paje del palacio y al presentarse éste, mozo de 20 años y de gallarda presencia, un grito de estupor y de rabia lanzado por don Diego atronó el aposento. Sobre la mejilla derecha y

en la parte inferior de la boca veíanse dos marcas azuladas. El conde no fué dueño de sí; desenvainó su espada y arrojándose sobre el desventurado paje diole una estocada; éste vaciló durante algunos segundos, apoyó su mano sobre un velador que al recibir el peso del paje, vino á tierra y rodó luego con estrépito grande. Guevara quiso incorporarse pero el de Tarento no se lo permitió, cerrando contra él hasta dejarlo exánime.

Con los ojos inyectados de sangre, lívidas las mejillas, los labios entreabiertos, jadeante y trémulo, don Diego permaneció inclinado sobre la víctima cual si intentase beber hasta la última gota de su sangre. Después procurando serenarse posó varias veces su crispada mano por la húmeda frente.

. . . . . .

La condesa Aida reposaba tranquilamente en el lecho de ébano y oro. Sobre la almohada de raso azul claro, destacaba su blanquísimo rostro, al que servía, como marco de magnífico azabache, la ondulada y brillante cabellera negra.

Abrióse la puerta y apareció en el umbral un fantasma siniestro: el conde, pálido, ensangrentado y abarcando con su diestra un agudísimo puñal de fino acero toledano.

Adelantó unos pasos, llegó al borde del lecho y se inclinó para contemplar por última vez aquel rostro querido. Sus enardecidos labios casi rozaron la nacarada frente de la joven, y se prolongaron un instante cual si quisiesen dar un postrer beso. Levantó la diestra armada y tornó á bajarla lentamente. Un relámpago de ira cruzó por sus ojos, rechinaron sus dientes y salió de su boca con sorda entonación la palabra: infiel! El puñal brilló en el aire, pero antes de clavarse en la rosada carne de la hechicera Aida, cayó sobre la alfombra. El conde se arrodilló levantándose enseguida como impulsado por un resorte y un movimiento convulso cerró sus ojos, recogió el puñal del suelo y rápido como el pensamiento lo clavó hasta la cruz en el cuello de su desventurada esposa. Un chorro de sangre salió á borbotones de la herida, un débil gemido se escapó de la diminuta boca de la hermosa y todo quedó sumido en profundo silencio.

Al otro día todo era duelo en el palacio de Tarento: tristes cruzaban los criados por las espaciosas góticas galerías.

El cadáver de la joven fué quemado y sólo se conservó la cabeza por vo-

luntad del conde con esta inscripción mortuoria:

«Para escarmiento de infieles.»

Aquel fúnebre despojo fué sepultado en un enhiesto torreón cercano al Castillo.

Tres días después de los sucesos relatados, estando el conde en su gabinete se presentó un extranjero solicitando entrevista. Concedida esta, el desconocido penetró en el aposento.

Era un hombre alto de azules ojos y rubia cabellera, pálido su rostro y entreabiertos sus labios por una amarga sonrisa de ironía. Cruzados los cumplimientos de rúbrica el extranjero habló así:

Ilustre conde de Tarento, sois rico y no gozáis vuestras riquezas, sois afortunado y no podéis apreciar vuestras dichas, sois fanático creyente de astrólogos brujos y no adoráis al verdadero Dios. Pero estáis bien castigado. Amasteis y arrancasteis la vida al ser amado.

Oid vuestra dolorosa historia:

Yo me llamo Nicolás Hartoff, nací en la fría Rusia y en ella conocí á la bellísima Aida. La idolatré ella no me correspondió. Mintió cariño obligada por sus padres y destrozó mi amante corazón.

En cambio vos la conocisteis y la in-

grata os quiso con verdadera pasión, con amor desinteresado.

Yo, insensato de mí, herido en lo más vivo de mis sentimientos, quise vengarme y consumé mi venganza. Escuchad.

Pasando infinidad de penalidades logré seguir á mi adorada sin que ella lo sospechase; siempre oculto bajo el cobarde incógnito, pude dirigir mis golpes á mansalva.

La noche que estuvisteis en la gruta del astrólogo, yo escuché el diálogo que entablasteis con el viejo.

Pude penetrar esa misma noche en este castillo y ganando con dinero al primer paje, logré de él un permiso para pasar la noche en su propio cuarto, pues según le dije, yo era un peregrino que me encontraba rendido por la fatiga. El desgraciado así lo creyó; por un puñado de monedas me concedió hospitalidad aquella noche.

El durmió, mientras yo velaba. A media noche pinté la mejilla del joven con pintura azul...

. . . . . .

III

Aquí termina el manuscrito.

Yo al ver que no concluía la historia me desesperé, pero no logré nada con

mi desesperación, si se exceptúan unos cuantos fuertes dolores de cabeza.

En un viaje que hice por Aragón, pude conocer el castillo de Tarento y guiado por un jovencito visité las célebres ruinas.

Por el camino el muchacho me dijo:

—*Ridios*, señor, usted no sabe *cuantu* asustan en ese castillo.

—No, chico, nada sé.

—¡Ah! *Pus* lea los versos que tiene en su casa el ermitaño viejo.

Esos versos son una verdadera conclusión al cuento que dejo referido y á continuación los transcribo.

CONCLUSIÓN

Después de dos largos siglos
el palacio de Tarento
convertido en un convento
bastante ruinoso está.
Sus murallones levanta
envueltos en yedra y fríos
como testigos sombríos
de un crimen lejano yá.

Allí en los alrededores,
declarando al tiempo guerra,
alzándose de la tierra
el viejo torreón se vé.
En su base de granito
no han hecho los siglos mella
ni ha osado el tiempo su huella
plantar en el paredón.

Aquella torre siniestra
guardar quiere en su caverna,
como una memoria eterna,
la cabeza de Isabel.
Si en sus almenas cegadas
fabrica un pájaro el nido,
muere de frío aterido
hallando su tumba en él.

Mas, al decir de las beatas,
al toque de los maitines,
del convento en los confines
vese abrir un panteón.
Y del fondo de una tumba
saliendo, con paso incierto,
emprende tétrico un muerto
el camino del torreón.

Diz que en blanca vestidura
lleva envuelto su esqueleto
y que con un amuleto
abre el férreo portalón.
Penetra en la triste torre
y en lamento lastimero

maldice al destino fiero
y pide al cielo perdón.

Las noches en que la luna
su pálida luz envía
y por una celosía
penetra la luz allí,
puede verse de don Diego
la huesa blanqueada y huera
que con una calavera
llorando, dialoga así:

«¡Isabel, esposa mía,
perdóneme tu clemencia
y pide á la Omnipotencia
que me mate el corazón.
Porque es asaz cruel castigo
pasar años ciento á ciento
conservando el sentimiento
sin existir la razón.»

Seguían después los lamentos
y al volver el nuevo día,
don Diego se despedía
con su pesar eternal.
Pero ¡ay! antes de alejarse
aquel cuerpo solo hueso
en la calavera un beso
depositaba, infernal.

SUCESO EXTRAÑO.

SUCESO EXTRAÑO

A MI AMADA HERMANA.

Desde hace muchos años, en un país de la América latina, existe una casa solariega, que se alza majestuosa entre las verdes copas de frondosos cafetos.

Cuando en el mes de Mayo sopla algún viento borrascoso y arranca botoncillos de los árboles, cae sobre la húmeda tierra una lluvia de flores que cubre el suelo con una capa, blanca como la de nieve en otros climas, pero tibia y perfumada.

Las férreas puertas del secular edificio no las guarda por dragón como el que custodiaba las sagradas aguas de la fuente Arcia; ningún titán protege sus contornos, sólo un negro perro famélico y ladrador, permanece constantemente echado ante el portón principal, abierto en la pared entre dos ventanas sin vidrieras ni celosías.

Los viajeros pasan por allí dirigiendo á la añosa quinta una mirada indiferente y después se alejan estoicos sin fijarse en el borroso blasón, bajo el cual se conservan los restos de una marmórea y amarillenta lápida cuyos caractéres, desgastados por el transcurso del tiempo, formaron palabras hoy ininteligibles.

Por delante de esa casa pasó un hombre sabio, «miembro de la sociedad de Antigüedades», y el arqueólogo se detuvo para contemplarla. Examinó detenidamente la borrada lápida intentando después penetrar en el edificio.

Llamó en vano á la puerta: sólo le respondieron ladridos del can; tornó á llamar y oyó de nuevo las mismas respuestas. Decidióse por fin: empujó el portón, primero débilmente, luego con mayor fuerza: gimieron las herrumbradas visagras, giró la hoja pesadamente sobre sus goznes y dió paso al viajero, quien cauteloso, traspasó el umbral.

Atravesó un patio, jardín antaño, pero á la sazón tan abandonado, que la maleza, crecida á sus anchas, cubría completamente las destruídas alamedas. Circundaba al patio una ruinosa galería á manera de claustro por cuyas ennegrecidas columnas trepó la enredadera formando bóvedas de verdura.

Prosiguió el arqueólogo, abrió la puerta situada hacía el fondo del patio y pe-

netró en una sala. Sala formada por cuatro altas paredes sin ventanas, sin traga-luces, sin aberturas de ninguna clase; la única puerta, que daba al jardín, era angosta y baja. El sabio, para pasar por ella tuvo que inclinarse. Una vez dentro, encendió un farolillo que llevaba consigo y examinó la extraña habitación. Solo existían allí muebles carcomidos, cuadros despintados y multitud de objetos antiguos cubiertos totalmente por telarañas. Acercóse el personaje á un sucio escritorio y después de detenido examen, sacó un empolvado pergamino. Continuó por largo espacio su minucioso registro y, al salir del caserón, guardó algunos fragmentos de objetos recogidos á granel en el patio y en la sala.

El luminar del día se ocultaba entre celajes de grana, y el sol muerto de la noche surgía majestuoso.

El viajero observó con asombro que las puertas y ventanas de las torres fueron cegadas adrede por la mano de algún hombre. Después se alejó envuelto en una nube de polvo y saludado por los lastimeros ladridos del abandonado perro negro.

¿Quereis saber que decía el pergamino hallado en el viejo escritorio?

Leed su contenido:

«La dueña de este castillo era hermosa como el bien ansiado. Sus ojos ne-

gros, en los que se alojó la noche, fascinaban prometiendo inmensa dicha para sumir después á los hombres en las amarguras de un amor sin esperanzas. Su diminuta y encarnada boca no pronunció palabras de ternura. Su voz argentina ordenó siempre sin suplicar jamás y cortó la flor de la ilusión en los corazones de infelices que la idolatraron.

Fué caprichosa y fueron originales sus caprichos. Consistía uno de ellos en tener continuamente tendido á sus pies, cual si fuese una peana, á un indio joven traído de los extremos de Oriente por orden suya.

Era el indio fornido, bronceada su piel, color del café sus ojos, blancos los dientes como el capullo que encierra á la semilla del *juquiniquil*.

Ignorábase si hablaba pero nunca salió de sus labios ni una sílaba.

Echado á las plantas de su dueña pasaba las horas y á veces ella se entretenía golpeando con su diminuto zapatito la cara del salvaje, el cual se lo besaba quizás por no morderlo. Si por las tardes la señora paseaba á caballo, la *exótica peana* se se convertía en el *hazme-reir* de los criados.

Así pasaron algunos años, siempre desdeñosa Inés, siempre humilde y mudo el oriental esclavo.

Una noche, estando la caprichosa mujer en su jardín y teniendo como siempre el esclavo á sus pies, quedó sumida

en profunda meditación y comenzó un largo monólogo con la frase: «Estoy sola....» La vino á sacar de su ensimismamiento una voz conocida. Levantó sobresaltada la cabeza y palideció intensamente su sonrosada faz.

—Sí, espántate—dijo el recién llegado—estás sola conmigo, todos tus criados son pagados instrumentos míos. Muchas penas he sufrido, grandes han sido mis pesares, pero ¡vive Dios! encontrarán consuelo. Ríndete de grado sino quieres ser rendida por fuerza.

—¡No y mil veces no!—Contestó Inés saliendo de su asombro—mátame primero...

—Soy el más fuerte yo y mía será la victoria—añadió el hombre—¡Ven!

—¡Nunca, nunca!

El adelantando un paso, asió á la hembra por la cintura é intentó darle un beso...

Pero antes de conseguirlo, como mandado por el cielo é iluminado por los plateados fulgores de la luna, irguiose el oriental y encarándose con el amedrentado seductor, dijo:

—Más fuerte soy yo; es mía y no tuya la victoria. Continuando luego:

He vivido despreciado y envilecido, sin fé, sin patria y sin nombre, pero voy á demostrarte que en mi cuerpo se encierra una alma más grande que la tuya.

Extendió sus brazos y estrechando un instante en ellos al hombre, arrojó después su cadáver contra las ruinosas columnas del antiguo claustro.

. . . . . .

Inés amó al oriental, despidió á su servidumbre, cegó todas las puertas y ventanas de los aposentos en los cuales su amado le sirvió de peana mandó fijar bajo del blasón colocado en la puerta principal, una lápida de mármol con estas palabras escritas:

«Lo imprevisto es temible.»

San José, Abril de 1898.

EL HIJO DE LA DESGRACIA.

EL HIJO DE LA DESGRACIA

El huracanado viento bramaba con horrible furia, arrastrando en veloces remolinos á las hojas secas. El lejano rumor de un trueno, parecía un rugido de impotencia, el relámpago iluminaba con cárdena luz los árboles del bosque y la naturaleza entera lanzaba un grito imponente.

En una casucha ruinosa se desarrollaba un drama destinado, como otros muchos, á permanecer para siempre sumido en las tinieblas impenetrables del olvido. La casa tenía solamente una habitación: alcoba, sala, cocina, todo junto entre cuatro ennegrecidas y agrietadas paredes.

Sobre un montón de paja, iluminado por el resplandor del rayo, veíase tendido el arrugado cuerpo de una vieja;

junto á ella, sentado sobre una piedra un joven como de 18 años la contemplaba sumido en profundo silencio. Las convulsiones de la muerte contraían horriblemente el rostro de la anciana; un débil quejido salía, á intervalos, por la entreabierta y amoratada boca. Aquella alma pugnaba por abandonar su carcomido vaso. En el semblante del joven se notaban las desastrosas huellas de un largo sufrimiento, sus ojos chispeaban con el fuego de una desesperación profunda: aquella mujer que moría abandonada, sin disfrutar de los consuelos que proporciona la religión y la ciencia...

¡Era su madre!

El rumor del trueno se acercó, los relámpagos se sucedían casi continuamente, el huracán al estrellarse contra las paredes de la casa mal segura, las estremecía, la lluvia azotaba el débil techo de cañas y por entre sus insterticios penetraban á la habitación mortuoria, gruesas goteras.

Las facciones lívidas de la enferma se perfilaron, sus labios cárdenos balbucearon por última vez dos palabras que encierran en sí todo un poema de sacrosanto amor y de letal sufrimiento: ¡Hijo mío!

El espíritu de una santa hendió los aires, los *murciélagos* sacudieron sus húmedas alas y un prolongado alarido se

perdió entre los mil rumores combinados de los cuatro elementos.

* * *

Aquel joven que vimos asistiendo á los últimos momentos de su desgraciada madre, se llamaba Manuel.

Después del triste suceso y de dar humildísima sepultura á la anciana, el huérfano fijó su domicilio en una ciudad populosa. Allí se dedicó al trabajo más árduo para ganar con él frugal alimento y por las noches, en ratos robados al necesario descanso, escribía versos, inspirado por el sufrimiento y por el amor... porque Manuel amaba. Era el objeto de su cariño, una costurera de 18 á 19 años, rubia y lindísima. El joven la conoció una tarde cuando ella regresaba de su trabajo, con la cabeza erguida pero bajos los azules ojos.

Si es verdad que existe un sentimiento sacrosanto que une con lazo invisible dos corazones vírgenes, si la palabra «*Amor*» no carece de sentido; Manuel amó á la joven de cabello blondo y la quiso tanto como había querido á las doradas ilusiones de su alma.

Ella tenía por nombre el de Susana y correspondió, aparentemente cuando menos, al apasionamiento de su adorador.

¡Cuántas horas de delicia y dulzura transcurrieron para aquellos felices amantes!

¡Cuantas veces la luna medio oculta tras plateados celajes, contempló el cuadro poético de dos enamorados que se acarician en los rincones más retirados de un jardín!

* * *

Manuel no podía fundar una familia por carecer de los recursos precisos y sin embargo se casó con Susana.

Ella trabajaba en su taller, él en la oficina durante el día y en su escritorio parte de la noche.

Al escribir sus versos pasó algunos instantes felices saboreando de antemano el imaginario triunfo. Pero crueles desengaños le tenía reservados la adversa fortuna. Llevó sus producciones á un director de periódico y éste cortó en flor sus ilusiones, diciéndole que los versos eran incorrectos y aunque fuesen buenos, por aquellos días sobraba original; lo mismo le sucedió con otros periodistas.

La más grata de sus esperanzas quedó defraudada. Lloró y lloró con lágrimas de sangre mientras desgarraba entre sus dientes las arrugadas cuartillas donde escribió la sentida expresión de sus pocas legítimas alegrías y de sus muchos acerbos pesares...

* *
*

Pasó tiempo. Una tarde, el director de la oficina comunicó á Manuel su cesantía...

¡¡Cesante!! Horrible palabra para quien no tiene otro medio de subsistencia que el miserable sueldo.

El joven escuchó anodado tan tremenda nueva. ¿Qué motivo dió él para tamaña injusticia? ¿No cumplió puntualmente sus deberes? Ciertamente así era, pero el hijo de uno de los notables del país.....

. . . . . .

Tomó el sombrero y salió á la calle. Un pillete descamisado y sucio vociferaba:

¡La suerte! ¡Mañana se juega!

¡Los últimos números!

Manuel registró sus bolsillos, llevaba cinco pesetas y las invertió en un billete de lotería. ¡Tal vez la fortuna....!

Al entrar en su casa no desplegó los labios; nada fué bastante para sacarle de su mutismo; ni los ruegos, ni los lloriqueos de su esposa que por fin, cansada se retiró murmurando por lo bajo palabras como estas: ¡Soy la mujer más desgraciada! ¡Qué hombre! etc.

*
* *

Aquel día amaneció esplèndido; Ma-

nuel salió á dar un paseo, taciturno como siempre, cuando de pronto, llamó su atención el grito de los pregoneros que decían: ¡La lista de la lotería!

El hijo de la desgracia sacó de su vieja cartera un papelillo arrugado y consultó el número allí escrito cuya cifra era la de:

001809.

—Oye, muchacho, ven, déjame ver la lista. ¿Cuál salió?

—El mil ochocientos nueve.

No dió crédito á lo que oía el pobre Manuel y teniendo la lista en sus manos, leyó y releyó aquellos números benditos que le brindaban una riqueza jamás soñada.

Poco faltó para que la felicidad lo trastornase, lloró y rió. Recorrió varias calles, sin rumbo fijo, y por fin entró en su casa, preguntó á una criada antigua, que le servía por una miseria; donde estaba su esposa y la fámula respondió:

—Ha salido!

Manuel esperó una hora, dos, tres, pero en vano. Susana no llegaba.

Ni nunca volvió. La infiel no teniendo ánimo para pasar tantos padecimientos, tantas miserias y careciendo de fuerzas para resistir la tentación que continuamente la asediaban, después de ha-

ber conocido á un joven buen mozo y rico que le hacía la corte, sucumbió á la que ella creía pasión sincera. Y el día mismo en que la voluble fortuna se declaraba por su esposo, huyó del hogar conyugal con el pródigo adorador.

Manuel se convenció de su desgracia, y tantos amarguísimos pesares debilitaron su cerebro. Unas veces reía sin motivo, otras lloraba como un niño, ora se enfurecía, ora se calmaba su furor, dando lugar en su espíritu, á una calma fúnebre.

* * *

Han trascurrido 15 años. El hospital del pueblo con sus paredes de granito y sus jardines extendíase á las afueras de la villa. Una tarde triste, porque el cielo estaba encapado y el sol poniente solo desparramaba tenue claridad, las hermanas, esas mujeres sublimes, que renuncian á comodidades y placeres para consagrarse á remediar los males del prójimo, se reunieron en un salón y de común acuerdo convinieron en que la pobre anciana moría en breve y en que se hacía absolutamente necesario proporcionarle los consuelos que la religión sacrosanta del Crucificado da á los moribundos.

Llamaron al confesor del contiguo convento de frailes, y el padre acudió. Una de las hermanas lo condujo, á/ tra-

vés de varios departamentos, hasta un lecho donde reposaba una mujer flaca, demacrada y prematuramente envejecida. La de guardia se retiró.

Cuando estuvo á solas con la enferma, el fraile dijo:

Hermana: Dios en sus altos é inescrutables designios quizás disponga pronto de vuestro espíritu: confesad vuestros pecados y adorad al Omnipotente.

La moribunda hizo un signo, el ministro del Altísimo sentose á la cabecera del lecho y comenzó la confesión.

El profundo silencio que reinaba en la sala, sólo era interrumpido, á intervalos, por ahogados quejidos.....

De pronto se escapo un grito del hundido pecho de la penitente, sus ojos se dilataron de manera espantosa, una horrible convulsión agitó su cuerpo y con acento profundo pronunció este nombre:

¡¡ Manuel !!

* * *

Pocos momentos después el fraile dió cuenta á la directora de que durante el acto de la confesión, había sobrevenido la muerte de la penitente.

Dicho esto se dirigió á su convento y al alejarse repetía:

¡Oh Dios, grande es tu justicia!

ÍNDICE

	PÁG.
PORTADA	3
DEDICATORIA	5
PRÓLOGO	9

PRIMERA PARTE.

A tus ojos	13
El Matapalo	14
¡ ..... !	15
Dudas	16
A Guadalupe	17
Rayo de luz	19
Mi orgullo	20
Bajo las ondas del mar	21
Retoño	22
Memorias de un loco	23
Por un beso	28
Desengaño	30
Reminiscencia	32
A Mercedes	34

SEGUNDA PARTE.

La confesión de un poderoso	39
Dedicada á una señorita	41

PÁG.

Himnos 44
Castillos en el aire 45
La última carta 48

TERCERA PARTE.

..... 53
Emilia y Eliodora 54
Memorias de un loco 55
El más feliz 56
Verdades de Perogrullo 57
Por los cristales de tu balcón 58

CUARTA PARTE.

¡Era ella! 63
Pena del talión 69
El ídolo de piedra 73
La marca azul 77
Suceso extraño 95
El hijo de la desgracia 103

FE DE ERRATAS

			Dice	Debe decir
Pág.	14	verso 4.°	enermes	enormes
»	26	» 25.°	cuernos	cuerdos
»	30	» 3.°	enamorada	enamorado
»	»	» 9.°	delicada	delicado
»	73	línea 15	fuese	fué
»	108	» 33	asediaban	asediaba
»	109	» 33	á	al
»	112	» 6	Elidora	Heliodora

Nota.—En la composición titulada «La última carta», entre los versos tercero y quinto falta uno que debe decir:

el militar español

La página 43 corresponde á la 47 y ésta á la 43.